



DE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA A LA «DICTABLANDA» DE BERENGUER

MUY sólo —dramáticamente solo— se debió encontrar el 26 de diciembre de 1929 el jefe de la Dictadura general Primo de Rivera y Orbaneja, árbitro de los destinos de España durante dos mil trescientos veintiséis días, cuando arrastrado por su arrogante temperamento, dirigió al Ejército y a la Armada una carta-consulta para saber «si sigue mereciendo la confianza del Ejército y de la Marina». La respuesta de sus colegas de Armas fue negativa. Al comprobar que le faltaba el apoyo de casi todos —el Rey, los militares, los políticos, los intelectuales, los obreros...— presentó su dimisión al Mo-

narca dos días más tarde. « *Parece un sueño*», exclamaron los viejos políticos al observar cómo caía la Dictadura, sin violencia, pese a estar cargadísima de tensiones la problemática política que la sepultaba. Pero mucho debió sufrir aquel hombre bienintencionado —con todas las virtudes, pero también con los defectos de la raza—, al ver cómo opera la mudable fortuna en la conciencia de las multitudes, ya que si el 23 de septiembre de 1923 fue el portador de todos los anhelos nacionales, seis años más tarde se convertiría en el centro de todos los ataques. Prometió ser el cirujano de hierro para operar con ur-

gencia los males de la Patria, y se convirtió en obstinado y paternal médico de cabecera, con el fantasma de la vulnerada Constitución de 1876 gravitando sobre su encanecida cabeza.

La caída de la Dictadura era un plano inclinado más, proyectado sobre la interinidad de los problemas nacionales y cuando los viejos políticos, arrinconados en el ostracismo del oído, trataron de recomendar al Rey la vuelta a la normalidad constitucional, el Monarca eligió a uno de los más prestigiosos generales. Nos referimos a don Dámaso Berenguer Fusté, jefe de su Cuarto Militar, a quien un pe-

riódico de la época calificó de «*hombre civil enfundado en un uniforme militar*». Ciertos sectores liberales, agraviados por la Dictadura, sienten como una esperanza de cerrar un eclipse de legalidad y de libertad. Se habla por doquier del restablecimiento de la normalidad constitucional. Pero sobre el panorama de aquel año 1930 subyacen acontecimientos que vienen a debilitar no sólo el gabinete del general Berenguer, sino la misma institución monárquica. Como un corolario de todos los dispositivos de oposición al régimen, durante el verano de 1930 tiene lugar el llamado «*Pacto de San Sebastián*», futuro

gérmen del gobierno provisional de la República. El pueblo, con sentido humorístico, calificara de «dictablanda» aquella fluida situación, eminentemente contemporizadora, durante la cual el equipo de Berenguer trata de apaciguar los ánimos y rectificar parte de las medidas de su antecesor, sobre todo aquellas que habían suscitado las más graves protestas.

Apenas abiertas las esclusas de la legalidad, empiezan las manifestaciones políticas de los enemigos tradicionales de la monarquía, y de los nuevos; el ex ministro romanonista Alcalá-Zamora se declara republicano en Valencia; otro ex ministro, éste maurista, Ossorio y Gallardo, pedirá la abdicación del Rey; el hijo de don Antonio Maura, Miguel, se pasará a la República también; los intelectuales castellanos harán un viaje político a Cataluña, de claro apoyo regionalista; el ex presidente conservador José Sánchez Guerra, acunado estilísticamente sobre versos del duque de Rivas, criticará la actuación del Rey, desde el teatro de la Zarzuela. Y el reformista Melquiades Álvarez pedirá la convocatoria de unas constituyentes...

Mientras pasa todo esto —y mucho más, que estas crónicas ambientales no permiten pormenorizar— el 17 de marzo de 1930 fallecía repentinamente en París, víctima de una embolia, el general Primo de Rivera. Desde que abandonara España, al terminar su labor de gobierno, habitaba en el hotel Pont Royal, con sus hijos Carmen, Pilar y Miguel. Llevaba una vida modesta, tranquila y sosegada. Allí escribiría crónicas para *La Nación*, de Buenos Aires, buscando en la pluma lenitivo a su expatriación, y quizá también sintiendo nostalgia de sus populares «Notas oficiosas» de gobernante. Enfermo, diabético, triste, hay como una dolorosa premonición en el texto del postrer párrafo de la última crónica escrita por el general:

«Me llega el momento de poner término a este último artículo de la serie prometida —escribía el marqués de Estella—, padeciendo fiebre, encerrado en el cuarto del hotel en que habito, al que llegan todos los días, por medio de numerosos telegramas, cartas y tarjetas, la expresión de afectos y fidelidades de España, que me sirven de gran consuelo... Creo que habré de recogerme más para devolver a mis nervios el equilibrio perdido y a mi salud los serios quebrantos sufridos. Aparento fortaleza y, sin embargo, yo, que puedo establecer comparaciones, sé

Después de la Dictadura, los enemigos de la Monarquía comienzan a agruparse

bien que la he perdido... El apego y el interés por los días o años que me resten de vida habría de deducirlos de la contestación a estas dos preguntas: ¿Qué me queda por ver? ¿Qué me queda por hacer?»

Su entierro en Madrid fue impresionante, por la cantidad de público que asistió. Pese a las pasiones políticas desatadas, el Gobierno trató de que la manifestación de duelo no se

convirtiera en excusa de agravios contra nadie. ABC, en el editorial del día 20 de marzo de 1930, escribía: «Queremos registrar la ejemplaridad del homenaje al gran español, porque discernimos claramente el carácter de que lo imbuye el certero instinto popular. El cual se manifestó ayer, de manera viva, desde la estación del Norte hasta la Sacramental de San Isidro, en



El 26 de diciembre de 1929 Primo de Rivera —que aparece sobre estas líneas junto a Berenguer y Martínez Anido— planteó a los militares la llamada «cuestión de confianza». Abandonado por sus compañeros, presentó su dimisión al Rey. Berenguer formará nuevo gobierno.



frecuentes, casi ininterrumpidas muestras de patriótico fervor, cuyo alto sentido no fue bastardeado por la pasión banderiza. Y si lo pudo ser en algún instante, el episodio resulta minúsculo ante la grandeza y el auténtico significado de la manifestación».

En la madrugada del 12 de diciembre se subleva la guarnición de Jaca, plaza ésta que, como otras muchas extendidas por el mapa de España, estaba comprometida en un extenso complot, dirigido por el Comité Revolucionario de Madrid, y que debía estallar el día 15. Pero en la ciudad osense se encontraba la impaciencia exaltada del capitán Fermín Galán, quien no quiso esperar los pocos días que le faltaban, y a las cinco de la mañana del citado día 12, arrastraba tras él al Regimiento de Infantería de Galicia, al Batallón de Cazadores de la Palma, a un regimiento de artillería pesada y a un grupo de paisanos, con los cuales se hizo dueño de la población durante unas horas y proclamó la República. A las tres de esa misma tarde formó una columna, en dirección a Huesca; esperaba tomar esta capital, a la vez que provocar el acordado levantamiento de Zaragoza, ciudad donde debía estallar la huelga general. Pero el Gobierno actuó con rapidez, enviando al encuentro de Galán tropas de Zaragoza y de Huesca, que convergerían con tropas procedentes de Pamplona. En la primera acción resultó herido el general Las Heras, quien mandaba las tropas de Huesca, pero los sublevados tuvieron que retrasar su itinerario y llegaron mediada la noche a Ayerbe. En la madrugada del 13 se verificó su encuentro con las tropas gubernamentales del general Dolla. Casi no hubo combate, pues tanto las posiciones dominantes tomadas por el general, como la superioridad numérica de sus fuerzas, hicieron imposible la resistencia. A los primeros cañonazos se dispersaron los rebeldes y fueron hechos prisioneros el capitán Fermín Galán —quien se entregó personalmente a la primera autoridad civil del pueblo de Biscarriés, declarándose único responsable de aquel levantamiento—, su lugarteniente, el también capitán Angel García Hernández, algunos oficiales y varios cientos de soldados. El Consejo de Guerra sumarísimo se constituyó en Huesca el día 14, y esa misma tarde fueron fusilados los dos principales comprometidos, Galán y García Hernández, acreditando en el último momento serenidad y entereza.

J. A.